

colección **AZUL**

cuento



FONDO
EDITORIAL
UNIVERSIDAD
EAFIT

El soldado de cuerda

Lucía Victoria Torres

Septiembre de 2005

Medellín - Colombia



El soldado de cuerda
Primera edición: septiembre 2005
© Lucía Victoria Torres Gómez
© Fondo Editorial Universidad EAFIT
ISBN

Dirección editorial: Juan Carlos Restrepo Rivas
Diseño, diagramación e ilustración: Juan Pablo Serna Parra
Impresión: Centro de Publicaciones EAFIT

Libro editado e impreso en Colombia
Printed in Colombia

Fondo Editorial Universidad EAFIT
Carrera 49 No. 7 Sur- 50 Avenida Las Vegas
Bloque 3, Primer piso, Oficina 120
E-mail: jcrestr2@eafit.edu.co
Página Web: www.eafit.edu.co/fondoeditorial
Teléfono: 261 95 23
Fax: 261 92 72
Medellín - Colombia

Ⓢ Prohibido el almacenamiento, reproducción o transmisión parcial o total de esta obra, incluido el diseño y las imágenes, por cualquier medio o procedimiento (electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, reprografía y el tratamiento informático), sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Universidad EAFIT Medellín, Santafé de Bogotá, Pereira, Llanogrande.

Contenido

Una hija llamada Irene _____	7
Un paseo nocturno _____	29
Santiago bajo el laurel _____	39
Cosas de niñas _____	55
Los peces también mueren _____	63
El encuentro _____	79
El soldado de cuerda _____	87
Los dos negritos _____	121
Las Trinas _____	131



Una hija

llamada Irene

I

...¡Por fin di con él! Se me fue el día entero pero valió la pena. ¡Siquiera! Otra caminada como la de hoy no la aguanta nadie. Todo coincide. Aunque... ¿por qué me dirían que Darío? ¿Se llamará Iván Darío? ¿Mamá no sabía el segundo nombre?... ¡Ay! Qué dolor. Cómo me gustaría poner estos pies en agua caliente pero en este hotelito, ni modo... Tan solo



para cansarme me sirvió la elegancia. Qué lomas las de este pueblo, qué caminadera y qué buscadera. Suba y baje, pregunte que pregunte, averigüe allí y averigüe allá... Mejor que el encuentro no fue hoy. Necesito estar relajada. Me espera una dura jornada... Madre mía ilumíname... Ojalá Luisa vaya a visitarte temprano. Mientras yo esté viva tendrás flores frescas todos los domingos... Cuánto te insistí. "¡Busquémoslo! ¡Busquémoslo!", te decía. Pero siempre me contestabas con ese "para qué" que me desarmaba. Ni siquiera te dejaste convencer cuando te desafié diciendo que yo sí lo iba a buscar. Estaba tan decidida a llevarte la contraria. Me aguanté por miedo a que empeoraras, por ese pánico a quedarme sola, aunque no me sirvió de nada pues aquí estoy sin nadie en la vida, no más con tu recuerdo y la idea de él. Ni muerta, me decías. Qué ironía. Apenas hace cuatro semanas te fuiste y mírame aquí haciendo mi voluntad. ¡Ay! Jamás me acostumbraré a tu ausencia. ¿Que por la enfermedad más fácil? No no no. Cada día es peor. A veces desearía que siguieras en esa cama. Es duro no tener a nadie. Por eso quizá tengo tantas ganas de encontrarlo... A lo mejor en el fondo lo que deseo es tener un papá... ¿Pero a estas alturas de la vida?... Nooo. Qué va. Si nunca lo tuve. Lo único que quiero es decirle que hubiera preferido seguir creyendo que yo era una huérfana aunque inspirara lástima y que me diga por qué

se hizo el bobo ese día en el puente después de que volteó a mirarnos cuando lo llamaste. Se tiene que acordar. Cómo estaba de contenta con la ida al centro a comprar la tela del uniforme. Cómo estaba de ilusionaba con la entrada al colegio para conseguir amigas y dejar de estar todo el día encerrada en la casa con mamá Tulia... Quizá las cosas habrían sido distintas si desde el principio me hubieras hablado con la verdad en vez de inventarte lo del accidente cuando me estabas esperando. Cómo tenía que rogarte para que me dejaras ver esta foto. La tenías bien guardadita. De no ser por ella, a lo mejor ni lo habría conocido, lo del puente nada significaría ni estaría aquí... ¿En dónde la puse? Que no se me vaya a olvidar mañana con las cartas. Qué pena contigo mamá haberlas leído... ¡aquí están!... tú que ni me dejabas tocarlas. Pero tenía que enterarme. ¿De qué otra forma habría llegado hasta aquí?... Aunque ahí no dice por qué huyó ese día en el puente, por qué no le interesó al menos conocerme si era hija suya. De que lo soy no hay duda. Ahí está la foto del matrimonio. También voy a llevarla por si acaso. Me tiene que explicar por qué se casó contigo si ya estaba casado... Todavía me cuesta creer que te casaras con él con tan sólo dos meses de conocido. ¿Que los ojos te parecieron muy llenos de vida?... Qué equivocación. Son unos ojos maliciosos. Razón tenía mamá Tulia... Ahora esta foto es mía. Me acuerdo cuando te



decía "muéstreme a mi papá", cómo la sacabas y te embobabas viéndolo... Y yo creyendo que era por la tristeza que te daba que se hubiera muerto sin conocerme. Menos mal quedó esta prueba del matrimonio... ¿Que no se veía bien en las fotos? ¿Con ese porte?... Por algo no quería tomársela. Siquiera lo convenciste... ¿Y que era solo en el mundo? Qué risa... Imagino la cara cuando le preguntaron si de su casa iban a asistir a la ceremonia. Con razón mamá Tulia se oponía. Por supuesto que daba mala seña venir de otra ciudad y no conocerle familia... Te ves feliz. ¿Casada a disgusto y tan contenta? Debías estar muy enamorada... o desesperada... Claro. Ya se te iba a acabar el tiempo. Uno con veintinueve y desde los veinticinco diciendo que lo lleven para el manicomio si llega soltero a los treinta... Tenían que dejarlos casar... Pobre mamá Tulia. Para rematar tener que vivir con ustedes... ¿Negociante y apenas estableciéndose en Medellín?... Pícaro. Armó tan bien la cosa que ni se inmutaron cuando se fue y en cuestión de semanas, de días, quedamos abandonadas del todo. ¿Era tan grave que yo viniera en camino?... Creerle ese cuento de la tía que le había dejado la herencia... Que te alegraste mucho porque así comprarían una casa me contó mamá Tulia. Que le ayudaste a empacar y todo... Cómo pudiste ser tan... Pero cómo imaginarse que nunca volvería, que en vez de organizarse, lo que estaba haciendo era

desbaratar todo. Te escribía y todo, que las cosas se estaban enredando por esos primos reclamando y porque la herencia era en tierras y ni modo de irse sin venderlas. Obvio. Sabía que detestabas vivir en pueblos y se aprovechó, ya sabía que cuando te decía “si quiere, véngase para acá” ibas a contestarle “yo mejor lo espero”... Y esperando nos dejó... ¡Ni cuando yo nací fue capaz de aparecerse! No quiso conocerme. Y tú tan fiel, seguirle escribiendo religiosamente viendo que las cartas cada vez eran menos y pasaba y pasaba el tiempo. En vez de haber ido a buscarlo. Así te le habrías adelantado a ésa que resultó siendo la esposa y te exigía dejar de buscar a hombres casados... Ni siquiera había aprendido a sentarme cuando llegó esa carta. Fue la que mamá Tulia le mostró al padre Ernesto... Bendita la religiosidad de mi abuela... Ocurrírsele consultar con ese cura para que te hiciera creer que nada había por hacer dizque porque en parte tuviste la culpa de que te hubieran engañado y que lo único era resignarse pues él tenía una familia antes de nosotras. Qué cura ése. Encima hacerte prometer que nunca lo buscarías, convencerte de decir que había muerto en un accidente, ayudarte a sacar mi registro con los dos apellidos, atreverse a decir que ser huérfana pero legítima ya era mucho... Hasta yo me creí el cuento... Con razón estaba tan inocente cuando íbamos a comprar la tela para el uniforme. Quién iba a pensarlo.



Esa insistencia tuya en que nos fuéramos a pie hasta el centro a pesar del solazo que estaba haciendo tenía un sentido más allá de tu deseo de que no se me arrugara el vestido al sentarme en el bus. Qué manías las tuyas. Me querías mantener intacta. Cómo te esmerabas por darme lo mejor. Cuántos años de trasnochadas cuidando enfermos para que no me faltara nada... Eso se lo voy a contar a él. Que no crea que quiero su dinero o que alguna vez lo necesité. Que no vaya a pensar que por eso lo llamaste en el puente. ¡Dios mío! Casi treinta años y tengo intacto el recuerdo. Puedo ver todo tal cual pasó. Me llevabas aferrada a tu brazo. Cuando íbamos en la mitad del puente vi en la acera del otro lado a un hombre como el de la foto del matrimonio. "¡Mirá mamá! Ese señor es igualito a mi papá!", te dije. Ahí mismo lo reconociste. Te quedaste quieta. Te pusiste roja. Después pálida. Luego temblorosa con sudor en las manos. Sin embargo, alcanzaste a levantar el brazo que tenías libre para llamarlo. Se te olvidó que yo no sabía la verdad. "¡Iván! ¡Iván Cifuentes!", gritaste varias veces. Él volteó la cabeza. Te miró. Me miró. Medio giró el cuerpo. Dio un paso. Iba a pasar la calle para ir hacia donde nosotras. Pero se arrepintió. Volteó la espalda y empezó a caminar rápido. Así caminando volvió a mirar. Y cuando se dio cuenta de que estabas cruzando e ibas hacia él, prácticamente arrastrándome de la mano, ahí mismo paró un taxi y se

perdió... Pero mañana las cosas serán distintas. Esta vez no se escapa ni podrá ignorarme. Ahora sí terminarán estos años de espera... ¿Y si están los hijos? ¿La mujer? ¿Los nietos?... Mejor. Que se den cuenta de la clase de hombre que es y de la clase de mujer que eras tú... En fin... No le doy más vueltas a este asunto. Qué bobada desvelarme pensando y recordando si en unas horas lo tendré frente a frente como he querido desde ese día del puente.

II

Fatigada y confusa se ha levantado Irene. Justo cuando necesita firmeza y lucidez, su mente se obstina en vagar a la deriva. En el comedor del hotel concluye que mejor que el desayuno, puede ser la iglesia, lugar ideal para hallar paz cuando ésta es esquiva. Sin duda allí la recuperará. Además, ante las circunstancias, rezar puede servir de algo, así lleve años con las oraciones desterradas de su vida.

La cripta, lo primero que encuentra a la entrada, la hace recordar a su madre. "Aunque no lo creas estoy haciendo esto por ti", se dice. Siente el impulso de internarse en el laberinto de osarios, pero el Jesús Nazareno de túnica morada en la primera capilla gana su atención. La capilla está atiborrada de placas de mármol donadas por devotos que le agradecen al Jesús los milagros o



favores recibidos. Irene curioseá las inscripciones. De pronto, un nombre la deja pensando. “¿Cifuentes? Salazar de Cifuentes. Sonia... Sonia Salazar de Cifuentes... ¿De Cifuentes?”. La repetición del nombre le despierta la memoria. “¿La misma de la carta?, se dice. ¿La esposa?... Tiene que ser ella... Imposible que haya dos mujeres con el mismo nombre en este pueblo”. Por la fecha Irene deduce que la placa fue colocada cuando ella tenía alrededor de un año. Relee el mensaje: Gracias Jesús Nazareno por mantener la unión de mi hogar. La frase llega hasta su corazón, lo sacude, lo oprime, lo lastima, luego va hasta su mente, la confunde, le hace cerrar los ojos, la oscurece. Irene toma aire, lo contiene, lo exhala. Una vez, dos veces, tres. Cuando se siente dueña de sí nuevamente, abre los ojos. Los pasea por las gruesas columnas que se prolongan y prolongan y llegan estrechas al techo; mientras más altas más polvo tienen, pero aún con la suciedad, lucen majestuosas, poderosas, como debe ser ella ese día. Los parlantes que propagan la voz del sacerdote dando comienzo a la misa le cortan el alelamiento y la devuelven al Nazareno. Sin poder evitar un último vistazo a la placa, y con la sensación de haber recuperado la confianza en sí misma, abandona la iglesia. Se ratifica en su convicción de que orar no tiene sentido.

Irene da una vuelta por la plaza. Sus pies molidos termi-

nan haciéndola sentar en una banca. Se incomoda pensando tontamente en que la gente la mira, sabe quién es y lo que va a hacer. Encuentra refugio en una cafetería esperando que el café cargado que toma ansiosa le ayude a ordenar las ideas. Repasa cada palabra, cada frase que va a decir. Se propone ante todo mantener la calma. Está segura de que las cartas y la foto van en su cartera. Sin embargo, revisa. Entra al baño, se lava las manos limpias, se retoca el maquillaje impecable, vuelve a peinarse, pone dos gotas más de perfume detrás de sus orejas y se echa la bendición.

Sólo unas cuantas cuabras la separan de la casa de la familia Cifuentes. Sin embargo, Irene va en taxi. Sus pies no soportan un paso más; su orgullo, que la vean llegar a pie. Una vez frente a la casa la desazón apremia de nuevo, como si quisiera apoderarse de ella e impedirle hacer lo que tanto ha esperado y cavilado. Le falta valor para tocar la puerta. Se echa otra bendición y golpea. Los segundos de espera dan tiempo para sembrar en su alma un deseo casi imperceptible de que no haya nadie.

—A la orden —dice el niño que abre.

Irene respira.

—¿Está el señor Cifuentes?

El niño ni responde. Sale corriendo por el corredor.

—¡Abuelito! ¡Abuelito! ¡Que venga!



A Irene se le acelera el corazón. Quisiera fijarse adentro, pero no se atreve. Clava la mirada en la acera.

—¿Que quién lo necesita? —dice el niño regresando a la puerta.

Irene agarra lo primero que se le viene a la mente.

—Dígale que una amiga.

El niño vuelve a perderse por el corredor. Ella lo sigue con los ojos. Lo ve entrar en un cuarto. Luego ve asomar a una mujer mayor por la puerta del mismo. “¡La esposa!”, piensa Irene. Voltea rápido la cabeza hacia la calle. “No lo va a dejar salir... Y si no sale ¿qué hago? ¡Ay! Por qué me metería en éstas. Con razón mamá nunca quiso que lo buscáramos”.

—Si señorita, ¿en qué puedo servirle? —pregunta el hombre, cortando los pensamientos de Irene. Es alto, como se lo imaginaba, como le había dicho su madre. Los cabellos rubios apenas sobreviven entre las canas. No hay duda. Es la versión envejecida del hombre de la foto.

—Necesito hablar con usted... Es de parte de Lucila Jaramillo... de Cifuentes.

Se sorprende de lo que ha dicho. No corresponde a lo que había pensado en la cafetería minutos atrás ni en el bus durante las cuatro horas de viaje desde la ciudad.

El hombre la mira extrañado, pensativo. Ella le sostiene la mirada. Le parece que los ojos no son tan claros como

decía su madre, tampoco vivaces sino sombríos. A lo mejor es por la edad. El tiempo todo lo trastorna. Pensar eso le espanta el instante de duda.

–¿Acaso es usted de la familia?

–De eso quiero hablarle.

La indiferencia de él al oír el nombre de su madre le resulta desconcertante. “Ni siquiera se acuerda de ella. O es un cínico. Pero ya verá”.

Con sutileza, el hombre se fija en Irene de arriba a abajo. La grata impresión por su buena presencia se impone sobre el conocimiento. Sin preguntarle el nombre, la invita a pasar y a sentarse. Ante la visita, el niño ha vuelto a salir y permanece a un lado, vigilante.

–Me gustaría que habláramos a solas –dice Irene.

El hombre hace un simple ademán y el niño se retira. Irene no sabe cómo llamarlo, si Iván a secas o anteponiendo el don. Opta por evitar nombrarlo. Ninguno de los dos se atreve a romper el incómodo silencio en que quedan encerrados. Cuando sus miradas coinciden el hombre levanta las cejas y mueve las manos. Ella entiende que es hora de empezar a hablar.

–¿No se imagina quién soy yo? –dice ella.

–Si no me lo dice me queda un poco difícil adivinar.

A Irene le parece que él conserva demasiada serenidad.



Se mueve en el sillón, acomodándose de nuevo, incapaz de controlar un gesto de fastidio.

—¿Le molesta algo?

—No no...

Traga y trata de recuperar la saliva agotada en su boca. Suspira.

—Bueno. Le voy a contar quién soy... Se acuerda de una vez... Eso fue hace casi treinta años. Usted iba por...

—Perdón que los interrumpa. ¿Desea tomar algo?

La mujer es la misma que se asomó cuando esperaba en la puerta. Lo único que propicia su llegada es agregar más dureza al rostro de Irene.

—No gracias —responde ella, seca, sin mirarla. Asume que se trata de la esposa de su padre, el hombre con quien conversa. Le cuesta aceptar la afabilidad que irradia pues riñe con la actitud demostrada en la carta escrita a su madre.

—Bueno... sí... me gustaría un poco de agua, por favor.

—Y tú Darío ¿qué vas a tomar? —dice la mujer.

¿Darío? ... ¿Dijo Darío?... Irene se extraña. Apenas la mujer se marcha, pregunta:

—Su nombre completo es Iván Darío ¿cierto?

—No. Omar Darío.

Irene se entiesa. Sacude un tris la cabeza.

–¿Usted no es Iván Cifuentes?

–Oh no. Cómo se le ocurre. Yo soy Darío.

Toda la energía del cuerpo se le baja a Irene a los pies.

–Pero... ¿entonces no se llama usted... mejor dicho... no es usted...?

–Permítame le aclaro –la interrumpe él–. Yo me llamo Omar Darío pero me dicen Darío.

En medio de su confusión, ella alcanza a explicar, con calma, que a quien busca es a Iván Cifuentes y que le dijeron que allí lo encontraba.

–Le informaron mal señorita.

La ofuscación por el giro que dan las cosas se le sale de las manos a Irene y le impide controlar el tono de su voz.

–¡Entonces dónde está Iván Cifuentes!... ¡¿Dónde?!

El hombre separa la espalda del sillón y se le acerca.

–Parece que es un malentendido, pero no se preocupe. Creo saber por donde va la cosa.

Vuelve a recostarse en el asiento cuando ella hace un gesto afirmativo con la cabeza.

–Un hermano mío se llamaba Oscar Iván. En la casa le decíamos Oscar, pero en la calle lo conocían más como Iván. Nos parecíamos mucho y a veces nos confundían. Creían que éramos mellizos pues apenas nos llevába-



mos diez meses. Nos distinguían por los ojos. ¿Será a él a quien busca?

Irene riñe con su conciencia. "Supo que venía y vea el cuento que se inventó. Pero esto no es conmigo". Ignora a la mujer que ha regresado.

–Perdóneme pero no le creo –se atreve a decir, indignada–. Para mí no hay duda de que usted es Iván Cifuentes el hombre que engañó a mi mamá Lucila Jaramillo hace treinta y siete años y con quien tuvo una hija que no quiso conocer ni siquiera cuando nos vio cruzar el puente y mi mamá lo llamó ¿Se acuerda? ¡Ahora sí se acuerda?! Al oír las palabras atropelladas de Irene, la mujer cruza miradas con su esposo.

–Yo sabía que algún día esto iba a pasar –le susurra al entregarle una taza de café–. Mira a ver qué puedes hacer –agrega y se retira.

–No, no te vayas Carlota –dice el hombre–. A dos le creen más fácil.

–¿Carlota? ¡Ella tampoco se llama Sonia Salazar de Cifuentes!

–¿Sonia? Ésa es la cuñada de él –contesta la mujer señalando a su esposo y sentándose.

Los tres se quedan mudos por unos instantes. El enredo saca a Irene de casillas.

–¡Pero qué es este cuento tan estúpido! –dice.

Porque tiene más años y sabe cómo era su hermano el hombre tolera las palabras y la actitud de Irene. Cuando nota que ella pasa a un estado de desconsuelo, le insiste.

–Créame. Yo no soy Iván. El es un hermano mío y la esposa es Sonia... Pueden ser las personas que usted busca, pero no están aquí... Carlota, trae la foto donde estoy con Oscar.

La foto le dice a Irene que el parecido entre los dos hermanos se presta para creer que el uno es el otro. Observa los ojos del hombre. Se da cuenta de que no son tan claros como decía su madre. Acepta su derrota, pero solo en parte.

–Bueno. Está bien. Usted no es él. Pero necesito encontrarlo ¿Dónde está? Dígame dónde puedo localizarlo.

La pareja se mira.

–Él ya se murió –contesta el hombre.

El ánimo de Irene se vuelve otra vez un remolino. Siente deseos de que se abran las baldosas donde descansan sus pies y se la trague la tierra.

–No le creo. Usted quiere protegerlo. Usted es igualito...

–Por favor señorita. A mi hermano lo enterramos hace dieci...

–...¡dígame dónde está! Yo soy la hija. Tengo que verlo.



Necesito hablar con él. He esperado mucho. No voy a perder todos estos años –dice Irene a punto de llorar–. ¡Vea que es verdad que soy su hija! ¡Mire la foto de cuando se casó con mi mamá!

Aterrada, la mujer busca los ojos de su esposo.

–¿Y fue que se casaron?! –pregunta la mujer.

El hombre baja la mirada.

–Es que era muy loco –comenta entre dientes.

Luego la pareja observa la foto. No hay duda de que es su pariente.

Irene vuelve a reaccionar.

–¿Y ustedes sabían lo de mi mamá?

–Sí nos enteramos que Oscar había tenido un hijo... perdón... una hija... con otra mujer estando casado.

–¡Vea! ¡Y aquí están las cartas! Léalas. Bien pueda léalas. Yo iba por el puente y lo vi y él nos vio y mi mamá lo llamó y él volteó a mirar pero ahí mismo huyó. Pero era él. Mi papá.

–Tranquila. Tranquilícese. Nosotros le creemos –dice la mujer.

–Pero ustedes sabían que se casó con mi mamá... ¿O no?

–No. No teníamos ni idea. ¿Cierto Darío?

El hombre pone un codo en el brazo del sillón, descarga

la mejilla en la palma de la mano y murmura:

–A mí él me contó algo...

La mujer toma aliento y dice tratando de controlar la situación:

–...No... Solamente nos enteramos de que Sonia le pilló una carta y ahí supo. Entonces empezó a insistir para irse a vivir a Balena. Tenía miedo de que la otra... perdón... su mamá viniera a buscar a Oscar y... bueno... con cinco muchachitos... y en esa época... y esto que era un pueblo y en los pueblos como comentan...

–Él no quería irse... aquí estaba la finca... pero le tocó... para que no se le desbaratara el matrimonio... es que imagínese... cinco hijos llaman mucho.

–¡Yo también era su hija!

Otra vez la pareja se queda enmudecida. Luego, él se atreve a decir:

–Claro que sí. Pero aquí eran mayoría.

Irene siente como si le pusieran hielo en la cabeza. Sin embargo, continúa.

–Y cuándo se fueron.

–Ahí mismo –responde el hombre.

–¿De verdad está muerto?

–Sí, seguro –agrega él.

–A ver. De qué se murió.



La pareja duda antes de hablar. La mujer intenta volver a controlar la situación.

–Ya qué importa de qué haya muerto.

–De todos modos me gustaría saber.

–Es que él debía unas platas –se mete el hombre– y lo amenazaron para que las pagara. Como no pudo cumplir la promesa.

–¿Lo mataron?

–Ajá.

Irene no parece muy convencida de la historia. Sin embargo, por un instante le conmueve saber que lo asesinaron.

–¿Y dónde lo enterraron?

–En Balena. Pero los restos los trajeron para acá. Como nació aquí...

–Puede ir a visitarlo a la cripta –dice la mujer.

“Valiente gracia ir a visitar los restos de un muerto. Yo lo necesitaba vivo”, piensa Irene. Quiere irse cuanto antes, nada más le queda por hacer allí, pero tampoco puede. El matrimonio se entusiasma con su presencia y prolonga el encuentro diciendo que ella se parece a su padre, que los hermanos viven en tal parte, que si desea conocerlos le sirven de intermediarios, que el tiempo borra todo y ni ella ni la mamá tienen la culpa, que al fin y al

cabo es de la familia, que quédese a almorzar, qué cómo está su mamá, ¿muerta? Oh, lo sentimos mucho... Irene tiene que esforzarse para atender una conversación que no le interesa. Para colmo, el sudor ha traspasado su conjunto nuevo; tanto el pantalón como la chaqueta los siente mojados, al igual que ese sillón del que quiere pararse ¡ya! Sus gestos y expresiones bastan a la pareja para no insistir más.

–¿Va a ir a la cripta? –pregunta la mujer en la puerta.

–No sé.

–Está entrando a la iglesia. A mano derecha.

Al despedirse, el hombre abraza con sus dos manos la mano que Irene le extiende y deja en ella un papelito donde ha anotado su número telefónico “por si algún día se decide conocer a sus hermanos”. Sus ojos parecen más sombríos. Irene se convence de que no son los mismos que decía su madre.

Mientras camina hacia el hotel la agobian el cansancio en los pies y el recuerdo de las intenciones que tenía la víspera. Va con la sensación de que en ella algo ha muerto, mas no del todo.

Al llegar a su cuarto se arroja a la cama. La experiencia acabada de vivir la acosa. Quisiera tenerla ya en el olvido, pero está fresca. Lo ocurrido se atraviesa en su mente con insistencia mientras recoge su escaso equipaje.



“Bien me lo decía. Hoy todo iba a terminar. Terminó. Sí. Pero sin saber porqué se hizo el bobo en el puente. Porqué no quiso conocerme. Se fue sin darme explicaciones. Sin yo haberle dicho que no me hacía falta... Toda una vida para esto. ¡Para nada! Valiente espera tan inútil. Y encima hago el ridículo. ¡Qué vergüenza!... Tenías razón mamá... Por eso me trago estas ganas de llorar... Con lágrimas tampoco reparo nada... ¡Qué ira!... Nunca se acordó de mí. Nunca me tuvo en cuenta. Con razón el tipo no supo qué contestar cuando le pregunté si alguna vez les había mencionado lo del puente... Convencido de que los voy a llamar. ¿A conocer a esta hora hermanos que nunca tuve... y hermanos medios?

Irene arruga el papelito con el número del teléfono y lo arroja a la basurera. “Claro que nunca se sabe”. Vuelve a sacarlo y lo guarda en su cartera. “Y estas cartas ¡Y la foto! ¿Las boto?... No no no. Pese a todo era mi papá y es lo único que tengo de él”. Las guarda en el maletín con los tacones que se ha cambiado por unas zapatillas, y lo cierra. “Pero qué bobada”. Vuelve a abrirlo. “¡Si yo nunca tuve un papá! Saca la foto. “Y tampoco lo necesito”. La rasga por la mitad, guarda la parte donde está su madre y la de él la bota. Abandona el hotel.

Cuando ve la iglesia de paso hacia la estación de los buses, aflora la sensación que tiene de que las cosas todavía no han concluido.

“Qué pierdo con visitarlo, se dice. Si no voy, después me pesa. Mejor salgo de esto del todo”.

Entra a la cripta. Vuelve a oprimirla la misma desazón que sintió cuando tocó en la casa de la familia Cifuentes.

“¿Susto otra vez?... Qué tontería. Si voy a ver unos restos y no a encontrarme con él”.

Da varias vueltas por el laberinto de la cripta, impregnada de un olor frío, hasta que encuentra el osario que le confirma la existencia de un padre muerto, como el que siempre tuvo. Después del nombre y de las fechas lee “*Tuvo cinco hijos*”. Tal afirmación la sobresalta.

—¿Cinco?... ¡Cómo que cinco! —exclama Irene.

Sentimientos diversos pelean dentro de ella. Siente como si la sangre no le cupiera en las venas

—¡Y yo qué! —dice con rabia.

Triunfa la humillación y se impone el llanto, un llanto intenso que la traslada al más rudo desengaño y al molesto terreno de la duda, justo cuando creía resuelto el desenlace de la historia.

¿Llorando? ¿Por qué llorar?... ¿Qué le importa a Irene no haber sido en la vida de él si siendo su padre nunca fue su padre?... ¿O sí le importa?... Ni Irene misma lo sabe.

El papelito con el número se viene enredado en el pañue-



lo que busca para secarse las lágrimas. Lo rompe, lanza los pedazos al osario y sale de la cripta. Sin embargo, se devuelve al instante. Sobre la pequeña lápida, al lado de *Tuvo cinco hijos*, escribe con su lápiz de labios rojo: y *una hija llamada Irene*.

